

Traductoras inglesas del renacimiento

Lidia Taillefer de Haya

Universidad de Málaga

Hieronymus Complutensis N°2, Julio-Diciembre 1995, pp.61-65.

Si investigamos la historia de la traductografía y la traductología anglosajonas, nos inquietarán las contadas referencias que los ensayos históricos existentes dedican a las traductoras. Por principio, no osamos cuestionar dichos estudios, pero nos sorprende constatar que la realidad de la traducción (historia) y su representación científica (bibliografía) no se correspondan.¹ Las menciones a los trabajos realizados por traductoras son más numerosas en los distintos repertorios bibliográficos que en las diversas exposiciones históricas, lo que nos lleva a poner en duda, basándonos en fuentes de disciplinas afines, al menos la exhaustividad de los ensayos sobre historia de la traducción.

Los recientes estudios literarios específicos sobre mujeres no sólo demuestran que existieron muchas traductoras a lo largo de la historia de la traslación inglesa, sino que la traducción llegó a ser una actividad en la que destacaron especialmente las renacentistas. La finalidad del presente artículo será recuperar los nombres más significativos dentro del campo que nos ocupa, con la esperanza de que en un futuro próximo tanto estos como muchos otros se incluyan en las investigaciones correspondientes, y pueda efectuarse un análisis pormenorizado del cómo y el porqué la traducción se convirtió en la actividad intelectual más «adecuada» para las mujeres.

Durante el Renacimiento, en Inglaterra el arte de la traducción volvió a florecer a consecuencia del apoyo de la Reforma y, por supuesto, debido a las posibilidades de difusión que propiciaba la recién inventada imprenta. Las traducciones representaban un medio esencial para acceder a obras fundamentales en otros idiomas, eran el vehículo que permitía recibir tanto las nuevas ideas que estaban surgiendo en el continente como las de la Antigüedad clásica. El énfasis pedagógico que caracterizó a los humanistas ingleses abarcó también a sus hijas y discípulas, aunque los objetivos de sus teorías educativas fueron en el fondo limitados. Mientras el propósito en la enseñanza dirigida a los hombres era el capacitarlos para tener un papel en la vida pública, en el caso de las mujeres fue tan sólo el que desempeñarán una labor doméstica. A pesar de que la tarea traductora se encontraba muy valorada, dada la gran demanda, ésta convenía considerarse lo suficientemente «femenina» para que la llevaran a cabo de forma gratuita.

Son muchas las traductoras inglesas renacentistas, por lo que en este espacio esbozaremos la trayectoria de quince de ellas, las cuales contribuyeron incuestionablemente a crear la historia, la literatura y la cultura de su país. Comprobaremos en qué medida el trabajo de

¹ Lidia Taillefer de Haya: *Bibliografía anglófona de traducción y ciencias auxiliares corpus y examen crítico*, Tesis Doctoral dirigida por el Dr Miguel Ángel Vega Cemuda, Madrid, Universidad Complutense.

cada una llega a ser fundamental, por algún motivo concreto, en la evolución de la traductografía y traductología anglófonas, razón por la que primará el orden cronológico.

Puesto que pertenecían muchas de ellas a la corte o a la nobleza, las traductoras contaban con una excelente formación cultural, formación que constituía el punto en común a todas ellas: traducir no consiste sólo -como sabemos- en dominar dos o más idiomas, sino que es necesario tener la preparación lingüística y literaria apropiadas. Una primera clasificación de los trabajos realizados podría basarse en los distintos tipos de traducción (religiosa o secular) que llevaban a cabo y en las diferentes lenguas de partida (clásicas o romances) con que trabajaban.

En un primer momento, puesto que estaba prohibida a las mujeres la lectura de literatura imaginativa, tan sólo podían realizar traducciones de obras clásicas de tema religioso que les inculcaran la importancia de la piedad, herencia medieval exclusivamente para el sexo femenino. Dentro de este tipo de traducción de las lenguas clásicas, no nos extrañará encontrar a Margaret (More) Roper (1505-1544), pues todos los hijos de Tomás Moro -sin distinción de sexo- estudiaron latín, griego, lógica, filosofía, matemáticas y religión. Muestra de su competencia traductora es el *Devout Treatise on the Pater Noster* (1524) de Erasmo, en el que intensifica el tono meditabundo y familiar del tratado latino. Hizo, asimismo, una traducción del griego al latín de la historia de la Iglesia de Eusebio, versión que su hija, Mary Roper Basset (1544-1572), traduciría posteriormente, al igual que el *Treatise on the Passion o An Exposition of a part of the passion made in Latine* de su abuelo materno.

Este arte menor permitido a las mujeres se convertiría en un arma de doble filo. Con el paso del tiempo, fue precisamente lo que facilitó el que ellas tomaran partido en las controversias religiosas, dado que habían traducido numerosas obras que discutían problemas de la fe y que tuvieron una importancia trascendental para la época. La sexta y última mujer de Enrique VIII, Catherine Parr, además de encargarse de traducciones importantes para la Reforma Protestante Anglicana (como el Nuevo Testamento de Coverdale), apoyó a sus hijastras en esta actividad. En cuanto a Mary Tudor (1516-1558), en 1548 publicó su traducción de la paráfrasis de Erasmo del «Evangelio según San Juan» gracias a su madrastra. Por lo que respecta a Elizabeth Tudor (1533-1603),² el que llegara a dar nombre a uno de los períodos literarios más prolíficos de Inglaterra, muestra su competencia como escritora. Sus obras prueban su dominio del latín, del griego y de varias lenguas romances, pues tras componer el *Book of Devotions* en inglés, durante la década de 1570 lo tradujo al francés, italiano, latín y griego. Otras de sus traducciones fueron *Mirror of the Sinful Soul* (*Le Miroir de l'Áme Pecheresse*) de Margarita de Navarra, «Triumph of Eternity» de Petrarca, el segundo coro del *Hercules Oetaeus de Séneca*, *Art of Poetry* de Horacio, *On Curiosity* de Plutarco y *Consolation of Philosophy* de Boecio, llevando a cabo esta última con 60 años.

² Sandra M. Gilbert y Susan Gubar (eds): *The Norton Anthology of Literature by Women The Tradition in English*, Nueva York/Londres, W W Norton & Company, 1985, pp 28-30.



Mary Tudor (1544), Oleo de Master John

Ya las hijas de Cooke, tutor de Eduardo VI, realizaron traducciones de obras religiosas marcadamente reformistas. De hecho, Anne Cooke Bacon (1528-1610) tradujo del italiano los *Sermons* (1550) de Barnadine Ochine sobre la elección y la predestinación (reeditados en 1564, con un prefacio dedicado a su madre) y la defensa latina de la Iglesia Anglicana, *An Apologie or answeare in defence of the Church of England concerning the state of religion used in the same* (1564) del obispo John Jewell,³ versión clave para su establecimiento y un magnífico ejemplo del arte de la traducción renacentista: traducción económica, precisa y fluida. Por otro lado su hermana, Elizabeth Cooke (Hoby) Russell (1540-1609), traduciría del francés el tratado sobre el sacramento de John Ponet, *A Way of Reconciliation*.



Elizabeth I (1585-90), óleo de autor desconocido J.

Al igual que los humanistas, los reformadores protestantes también jugarían un papel fundamental permitiendo que aparecieran -aunque hasta cierto límite- escritos de autoras inglesas. La falta de autoría y de creación que se otorgaba a la traducción, al considerarla una mera transposición que no requería un esfuerzo intelectual, las llevó a la necesidad de comunicarse primero vía prefacios y luego a través de escritos propios que dignificarían su labor. A su vez, con los años, el latín y el griego dieron paso a las lenguas romances. Entre las traductoras que tienen como lengua de partida el francés encontramos a Dorcas Eglestone Martin (siglo XVI), que vertió especialmente oraciones, meditaciones, versos de salmos e instrucciones religiosas. En *The Monument of Matrones* (1582), antología de obras devocionales dirigida a mujeres, Thomas Bentley ya recogía algunos trabajos de escritoras como el de Martin, con el siguiente título: *An Instruction for Christians conteining a fruitful and godlie exercise, as well in wholsome and fruitfull praiers, as in reverend discerning of Gods holie Commandements and Sacraments*. También Anne Vaughan Locke (Dering Prowse) (1556-1590), autora epistolar con gran influencia protestante, tradujo del francés tanto los *Sermons upon the Song of Ezechias* (1560) del reformador religioso Calvino como *Of the Markes of the Children of God* (1590)

³ Apología pro Ecclesia Anglicanae, 1562.

de John Taffin. Esta última incluye una dedicatoria a la Condesa de Warwick, en la que describe cómo se siente una escritora e instructora religiosa:

*Every one in his calling is bound to doo somewhat to the furtherance of the holie buiding; but because great things by reason of my sex, I may not doo, and that which I may, I ought to doo, I have according to my duetie, brought my poore basket of stones to the strengthening of the walles of Iurusalem.*⁴

Ya en la segunda mitad del siglo XVI, el persistente interés que se tenía hacia la Antigüedad consigue que esta época deje de ser un coto cerrado para las mujeres, que se adentran en la traducción tanto de obras seculares, literarias (teatro, narrativa y poesía) como de ensayos.

En 1550 por primera vez una mujer, Joanna Fitzalan Lumley (1537-1577), traducía una obra de teatro, *Iphigenia at Aulis*, versión resumida en prosa de la tragedia griega de Eurípides. Aunque probablemente la realizó a partir de una edición bilingüe griego-latín de Erasmo, su aportación fue importante dado el creciente apego por lo clásico. La elección del tema también es digna de mención, pues elimina la mayoría de los coros para centrar la atención sobre la decisión patriótica de la hija de Agamenón, sacrificarse casándose con un troyano al que no conoce en beneficio de su pueblo.

Los prefacios brindaron a algunas traductoras la oportunidad de justificar valientemente su escritura, incluso empleando tradicionales recursos de humildad. Ejemplo de ello es el prefacio de Margaret Tyler (siglo XVI) a su traducción *A Mirrour of Princely Deeds and Knighthood* (1578) de Diego Ortúñez de Calahorra,⁵ el último de los libros de caballerías que disfrutó de amplio éxito comercial. Además de ser una de las primeras traductoras inglesas en acometer una obra secular, con este tipo de composición defendía no sólo su derecho a traducir un romance caballeresco sino también el de las escritoras en general a trabajar más allá de los confines de la literatura devocional. Su razonamiento muestra tanto la popularidad del género, como el que las mujeres se consideraban por los autores un potencial consumidor del mismo.

*And thus much concerning the present story, that it is neither unseemly for a woman to deal in, neither greatly requiring a less staid age than mine is.*⁶

Supuso un avance el que Mary Sidney Herbert, Condesa de Pembroke (1561-1621),⁷ colaborara junto a su hermano, Sir Philip Sidney. Sobre 1580 ambos comenzaron la traducción poética de los bíblicos *Psalms of David*. Sidney vertió los cuarenta y tres primeros y los 107 restantes Herbert, al ser aquel asesinado. Es una de las primeras y más brillantes colecciones religiosas en verso tras la Reforma, que basa su importancia

4 Claire Buck (ed.): «Of the Markes of the Children of God», *Women's literature A-Z*, Londres, Bloomsbury, 1994.

5 *Espejo de Príncipes y Caballeros*, 1555.

6 Claire Buck (ed.) «Tyler, Margaret», o cit.

7 Sandra Gilbert y Susan Gubar (eds) o cit, pp 31-35.

especialmente en lo que se refiere a versificación y salmodia isabelina, al emplear 164 tipos de estrofas distintas y 94 métricas diferentes. En cada salmo Herbert combinó con cuidado la forma y el sentido conforme a las nociones renacentistas del decoro poético. La traducción se hizo famosa en copias manuscritas, pues no llegó a publicarse hasta pasados dos siglos (1823). El porqué es una cuestión que dejamos abierta. Del francés tradujo *A Discourse of Life and Death* de Plessis du Mornay (1592) y el drama senequista *The Tragedie of Antonie* (1590) de Robert Garnier, en cuya versión añade algunos poemas corales de composición propia. Su obra no sólo influiría en el trabajo de sus coetáneos, sino que además representa la primera mujer que se rebela contra la actividad traductora renacentista como puro ejercicio mecánico (habilidad), más que como arte (creación).

Ya en el siglo XVII, un caso excepcional representaría Elizabeth Tanfield Cary, Lady Falkland (1585-1639), quien desde niña destacaría por su dominio del francés, español, italiano y latín. De hecho, con doce años, Cary ya había contraído una gran deuda con los sirvientes por suministrarle velas en secreto para poder leer de noche. En 1626, tras convertirse al catolicismo, su marido la abandonó y le negó la custodia de sus ocho hijos, dejándola prácticamente en la indigencia. A pesar de haber traducido todas las obras de Jacques Davy y haber compuesto en verso diversas hagiografías, himnos a la Virgen y obras de teatro, se conservan muy pocas de sus traducciones. No obstante, *Reply* del Cardinal Du Perron, que el rey Jacobo ordenó quemar públicamente, ha sobrevivido. También perdura una versión inacabada de *The History of King Edward II*, incluida la *History of the Most Unfortunate Prince King Edward the Second. Harleian Miscellany* (1808), mal atribuida a Henry Cary. Elizabeth Tanfield Cary, al llevar su rebeldía a la práctica, es castigada con el ostracismo de su obra.

Por otro lado, Lucy Hutchinson (1620-1671),⁸ tras la muerte de su marido en la cárcel, escribió *Memoirs of the Life of Colonel Hutchinson*, biografía -curiosamente no publicada hasta 1806- digna de admiración por la cantidad de datos y opiniones acerca de la Guerra Civil inglesa, lo que demuestra el papel activo que desempeñaron las mujeres en este evento. Además de traducir parte de la *Aeneid* de Virgilio y *De rerum natura* de Lucrecio, también escribiría *On the Principles of the Christian Religion* (1816).

Fue en 1663 cuando Katherine Philips (1631-1664),⁹ prolífica poeta y dramaturga galesa conocida por «Orinda», se convierte en la primera traductora que consiguió poner en escena una obra de teatro. Esto tuvo lugar en Londres, con su traducción de *Pompey* del francés Corneille. Philips llegó a ser considerada en su época la poeta ideal por su modestia a la hora de elegir los temas, en contraposición a Aphra Behn, dato que refleja que el trabajo de las mujeres seguía juzgándose aún por su contenido en vez de por su valor artístico. La mayor parte de su poesía la compuso Philips para ocasiones o personas concretas, aplicando en muchos de sus poemas el lenguaje convencional del amor cortés para amistades entre mujeres:

⁸ Henry van Hoof: *Histoire de la traduction en Occident*, París, Duculot, 1991, P 137.

⁹ Sandra M. Gilbert y Susan Gubar (eds.), o. cit., pp 81-82

*Our hearts are mutuall victims lay'd,
While they (such power in friendship Iy's)
are Altars, Priests, and off'rings made,
And each heart which thus kindly dy's
Grows deathless by the sacrificise.¹⁰*

Para finalizar, la culminación de la trayectoria traductológica llevada a cabo por estas mujeres tiene lugar a finales del Renacimiento, pues la teoría de la traducción en prosa fue obra de Aphra Behn (1640-1689),¹¹ a quien Virginia Woolf destacó como la primera mujer inglesa que se ganaba la vida escribiendo.¹² Poeta, dramaturga y novelista, tradujo además las *Epístolas* de Ovidio, ya publicadas por Dryden. También realizó la traducción de dos obras de Fontenelle, *Entretiens sur la pluralité des mondes* y *L'histoire des oracles*, la primera de las cuales fue toda una novedad, al tratarse de un trabajo de divulgación científica con un estilo claro y sencillo. Behn acomete el trabajo en principio por el éxito del original, pero la razón principal de su elección se debe a que uno de los supuestos autores de esta obra era una mujer. Su intento es doblemente significativo: en primer lugar, supone abordar una parcela que sus contemporáneos habían dejado de lado para centrarse en la traducción poética; y, en segundo, también a diferencia de ellos su lengua de partida es el francés, lengua que considera más difícil de traducir al inglés. Esta afirmación le da pie a una reflexión en torno a la génesis y desarrollo de las distintas lenguas europeas.

El presente recorrido a lo largo de la historia de la traslación anglosajona durante el Renacimiento, la exposición de la actividad «secreta» llevada a cabo por las mujeres acarrea consecuencias a las puertas del siglo XXI. A pesar de que fueron muchas las traductoras inglesas, apenas constan referencias a ellas. Por tanto, podríamos concluir que ello es reflejo de que nuestra historiografía aún se encuentra en una etapa inicial, pues la historia de la mujer -en cualquier área de conocimiento- siempre ha ido a la zaga, por lo que es perentorio que se realicen investigaciones que ayuden a actualizarla.

Cómo citar este artículo:

Taillefer de Haya, Lidia. Traductoras inglesas del renacimiento. *HISTAL* enero 2004. (fecha en que se consultó este artículo) <dirección de URL>

10 Claire Buck (ed.), o cit.

11 Sandra M Gilbert y Susan Gubar, o. cit., pp. 87-94.

12 Virginia Woolf: *A Room of One's Own*, San Diego/Nueva York/Londres, HBJ Publishers, 1957, p 69.